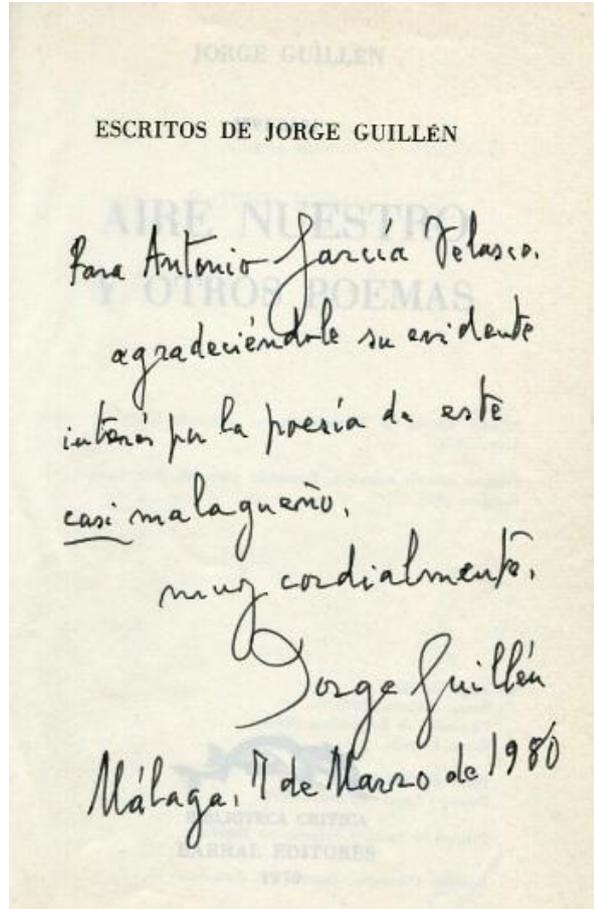


El compromiso en la poesía de Jorge Guillén

Antonio García Velasco

En el año 1980, el 7 de marzo exactamente, Jorge Guillén me regaló su libro *Aire Nuestro IV- Y otros poemas*, editado por Barral Editores, Barcelona, 1979. Su dedicatoria tiene un gran valor para mí, si bien, el mostrarlo ahora viene al caso en tanto que mis escritos sobre su obra fueron el origen y motivo de su amistad, de mis visitas a su casa del paseo Marítimo de Málaga, de largas charlas con él. Me escribe “Para Antonio García Velasco, agradeciéndole su evidente interés por la poesía de este casi malagueño, muy cordialmente, Jorge Guillén”. Mi interés y mis escritos se habían centrado, sobre todo, en un aspecto crucial: la sociedad de consumo en la poesía del poeta vallisoletano. Había leído la edición anterior de “Y otros poemas” (Muchnik Editores, Buenos Aires, 1973) y en ella había basado mis estudios o comentarios.



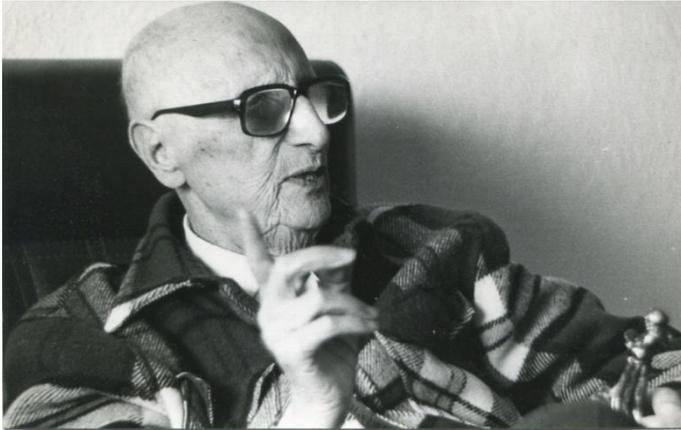
Un autor que comenzó cantando la perfección de ciertos momentos, de objetos, de las maravillas concretas de la vida (“*El balcón, los cristales, / unos libros, la mesa. / ¿Nada más esto? Sí, maravillas concretas*”) nos deja después un testimonio, tan certero como poco valorado, de la sociedad en la que nos ha tocado vivir.

El primer poema que comenté de la serie sobre la sociedad de consumo fue, precisamente, el titulado “Consumo”: “*¿Qué poco abril en este abril! / Es falsa aún la primavera, / en el cemento, no el marfil, / de esas torres se desespera / ya “la sociedad de consumo”. / Todo me sabe ahora al humo / contaminado de negocio. / ¿Qué fue de aquel zumo / del ocio? / Consumo: soy víctima y socio*”. Una función del poeta es dar testimonio, dejando clara su voz crítica, del mundo en el que vive. Nos quejamos, sí, de las calamidades humanas, pero olvidamos, con frecuencia, que si bien somos víctimas, también somos socios de las causas que las originan. Unas veces por silencio, por egoísmo, por desidia, porque nos ocupan demasiados asuntos y quehaceres y no tenemos tiempo para los otros. Otras veces, porque tampoco vemos en los demás la voluntad de cooperación, de solidaridad, de actividad encaminada a la solución de los graves problemas que nos azotan como colectivo humano. Sea, por lo que fuere, nos quejamos,

pero no contribuimos –salvo excepciones- a los cambios pertinentes para conseguir un mundo más justo y humano: “No, no se articula esa bondad / condena de la repugnancia, / que como una victoria aboga. // ¿Qué hacer? ¿Despreciar el desprecio?”, nos dejó escrito Guillén.

Parece que existen seres que se deleitan en el mal ajeno. De ello también nos deja testimonio el poeta del 27. Por ejemplo, en el titulado “A lo Sade”: “...Deleite del cruel / con dolor de la víctima. / “Tu sangre es mi clavel”. / Estallido del cero, / contradicción mortal. / “Muerte en mi vida quiero”. Ciertamente, la poesía de Guillén es conceptista, escueta, pura “ma non troppo”, como dijo en alguna ocasión. Limita su expresión como hacen los haikai en los haikus: nos deja el concepto, la palabra justa, la impresión emotiva del momento con las mínimas palabras. Por medio de ellas hemos de reconstruir en nuestro interior la vivencia, la crítica, la emoción. Por ejemplo, en “A través de la época (Televisión”, nos habla de los efectos y peculiaridades de la televisión – tema en el que insiste, como ya veremos-: nos presenta una escena de la televisión que, de pronto, es interrumpida en el anuncio correspondiente: “...Todo desemboca al fin / en un triunfal y seguro / FRASCO invasor que se vende. / ¡Economía, lo único!”.

El compromiso asumido por este poeta no se pone al servicio de una ideología concreta. Él, a causa de la guerra civil de 1936-39, sufrió el exilio en los Estados Unidos y, pese a ello, su compromiso es con su misma obra, con la estética y la ética que lo mueve a desarrollar determinados temas. Busca dejar testimonio de una época, consciente de que, como todos nosotros, es “víctima y socio” de lo que ocurre en el mundo. Dice en uno de sus tercetos



de “Historias naturales”: “Hombres hay que inferiores a la altura / ya propiamente humana nos colocan / en ira y negación, la senda oscura”. Acaso como respuesta ante tales seres humanos se pregunta: “¿Qué sería mejor / ser nada más un perro, / o un hombre sin amor?”

Titula un poema “Millones y millones de tragedias”. La cita previa es del “Cantar de los cantares”: “No me desdeñéis si soy morena que miróme el sol” y nos presenta el rapto por los blancos de una joven negra: “...Y perdió en un instante, de repente, / lo que era y poseía: su persona. / Fue desde entonces cosa. La vendieron / blancos civilizados, sí, cristianos”. Lo de cristianos hay que tomarlo hoy como “miembros de una sociedad occidental, supuestamente civilizada”. ¿Cuántas mafias –blancas, “cristianas”- trafican con seres humanos hoy como hace tantos años? Explotación sexual, explotación laboral... Millones y millones de tragedias. Tantas que “Todo se mezcla tan confusamente / que no se sabe cómo / designar ese gran desbarajuste / que admiramos, sufrimos, maldecimos. / ¿Absurdo? No. Jamás. / Absurdo –no se entiende, gran fracaso- / prorrumpe en su vacío”.

En “Se vende” afirma: “*La Tierra es Negocio. Redondo*”. Todo se vende, hasta “se aburre un Satanás vendido”. Lo malo es que resulta Negocio de sólo unos cuantos, demasiado pocos para la gran población mundial.

La ironía es un recurso de la literatura comprometida que, en ocasiones, es denostada en tanto que algunos críticos y estudiosos lo consideran propio de un lirismo menor. Jorge Guillén no tiene reparos en usarla, como por ejemplo, en “Doña Contagio”: “... *¿Doña Contagio, rica hembra, / visita al señor Presidente? // ¿Doña Contagio es la figura / de la Propaganda eficaz, / y aunque muy bélica, procura / decir siempre el vocablo “paʒ”?*”

La televisión —ya la hemos mencionado— es un medio de trivialización de todo cuanto nos rodea. La mezcla de noticias trágicas con anuncios y banalidades, el mal convertido en espectáculo televisivo, en tema de tertulias en las que parece que no debaten más que para mostrar una libertad de expresión que, en realidad, está mediatizada, condicionada por intereses ocultos... En el poema “En la televisión” el autor nos presentan una secuencia trágica: una escena de guerra en la que se fusila sin consideración a un prisionero: “...*La figura del prisionero / se doblega, casi caída. / Inmediatamente un anuncio / sigue. / Mercenarias sonrisas / invaden a través de la música. / ¿Y el horror, ante nuestra vista, / de la muerte? / Nivel a cero / todo. Todo se trivializa. / Un caos, y no de natura, / va sumergiendo nuestras vidas. / ¿De qué poderío nosotros / inocentes, somos víctimas?*”. He aquí el tema de la manipulación a la que somos sometidos por esos poderes ocultos que viven en sus estrellas ajenos a todo lo que no sean sus lujos, sus fortunas, sus cotas de influencia y dominio.

El tema de la trivialización resulta recurrente: en “Una clave”, la cita de E. Tierno Galván: “Por trivialización entiendo la nivelación de lo importante y lo ordinario”. Y en el poema, Jorge Guillén lamenta la trivialización en todos y cada uno de los ámbitos de la existencia humana: “*Todo se trivializa: / la hermosa intimidad de la pareja, / también la extravagancia de los raros, / la figura apostólica, / el crimen ya no auténtico. // Todo se trivializa: / el amor, el terror, / y más aún el odio, / las aventuras revolucionarias, / los últimos retiros de la mente. // ¡Feria de baratijas!*”.

El panorama es desalentador porque: “*En esta sociedad tan avanzada / ya no se pisa con placer la tierra, / ni el agua es ya placer de bebedores, / ni se goza del aire con profunda / respiración. Del fuego, sí, purísimo. / ¡Fuego en todos los frentes!*”

Puede haber unos culpables. Acaso los Estados. Pero, podemos preguntarnos: ¿quiénes son los Estados? ¿A quiénes representan? ¿Por qué se arrojan tanto poder? Guillén los denuncia: “*Llamas orden a tu desorden, / llamas justicia a tu injusticia, / llamas verdad a tus embustes, / llamas guerra a tus homicidios, / llamas salvación a la muerte. / ¿Fatalidad de los Estados?*”

Nos presenta el contraste entre quienes trabajan “bajo el sol del estío” “*Frente al mar y su hechizo / donde nadan —hermosos— / los cuerpos femeninos. / Sudor, calor, dolor / antiguo, “siempre antiguo”*”.

El testimonio de las características del mundo en el que vivimos podría llevarnos a un larguísimo listado de citas donde quedaría reflejado el compromiso guilleniano con la ética y con la estética, nunca con una ideología concreta, como si estuviese preconizando un movimiento libre que ha venido a llamarse Humanismo Solidario. Pocos temas relacionados con la realidad de

sus últimos años –el libro “Y otros poemas” abarca, en su segunda edición, desde 1966 a 1975- quedan fuera de su mirada y tratamiento. Muchos de ellos no han perdido vigencia. De ahí su acierto como poeta: “*Yo cobro, luego soy*”, *con alegría / dijo el hombre consciente de su ser. / “Seamos nuestro ser: economía. / Este planeta es hoy ese quehacer”*. *Girando vas, oh luna, en torno de Negocio. / Nueva designación. ¡De negocio eres socio!*” De nuevo la idea de que somos socios –aunque víctimas, unos más que otros- del mundo que habitamos y nos habita.

Pero no podemos condenar al hombre acusándolo de bestia: “*No, por favor. Es más complejo el hombre*”. Y no obstante: “*Niños desnudos por las carreteras / huyen enloquecidos. Las hogueras / bajo las bombas arden al servicio / del hombre occidental: negocio, vicio. / “Ellos mueren. Yo, Jefe, mientras, hablo”*. / *¿Se destruye también el blanco diablo?*” ¿Acaso ha perdido actualidad un poema como éste? O aquel que acusa la llegada de los bárbaros, sin mencionar términos como refugiados o inmigrantes: “*Los bárbaros, madre, los bárbaros llegan. / -¿Son esos negros, esos amarillos? / -Los bárbaros llegan por dentro del hombre, / de mí que lo anuncio, de ti que lo ignoras. // Los bárbaros, madre, los bárbaros dentro, por dentro*”. Porque bárbaros somos todos, sin duda, viviendo en la locura de un mundo desquiciado, donde sólo se aplaude al dinero, el poder... Por ello nos presenta irónicamente a unos ladrones de banco como paradigma de las ambiciones humanas, de los deseos de tantos y tantos mortales: conseguir dinero de la forma más rápida posible. Incluso nos presenta al drogadicto como una víctima que huye de la inmediata realidad que no le gusta.

No podemos terminar estas notas sin aludir al poema “Los sensibles” en el que frente a la sensibilidad del niño –más sensible que el adulto- nos habla de la sensibilidad del poeta: “*el más sensible a realidad. / Mirando en simpatía la descubre / con imaginación para los ojos*”. De ahí que, al preguntarse “*¿Y para qué nací yo?*” responda “*Para combinar palabras*”. Y, como si ello fuera un juego inocente e inútil se responde: un juego “*del mundo en pro*”. Es decir, para contribuir a un mundo mejor con la escritura, esa combinación de palabras que pudiera parecer prescindible, pero que tantos ojos ha abierto, tantos caminos ha señalado, tantas y tantas conciencias ha despertado y puede despertar.